



CARTAGO—LAS CISTERNAS

Cl. Sommer.

aquellos mares peligrosos, y los mercaderes púnicos se contentaron en lo sucesivo con explotar las minas de estaño que poseían en España y quizá también en procurarse por la vía de tierra, que seguían de etapa en etapa los portadores indígenas, los minerales de Bretaña y de Inglaterra. El hecho es que el conocimiento geográfico de la situación de las Casitéridas se perdió casi por completo, y que Herodoto, el admirable interrogador, nos declara no haber obtenido ninguna información sobre esas islas del estaño¹.

La idea de lucro, que lanzó a Cartago en la vía de las exploraciones, acabó también por estrechar su territorio, enajenándole todos los pueblos. La ciudad púnica realizó el tipo de la comunidad comercial por el egoísmo celoso de sus relaciones con el extranjero, por la tirantez implacable que ponía en la defensa de sus intereses, por la perfidia de sus combinaciones con la mira de la ganancia, por la crueldad del tratamiento que infligía a los vencidos de quienes no

¹ Libro III, 115.—N. Sieglin, *Entdeckungsgeschichte von England*, «Geographisches Congress zu Berlin», 1899.

N.º 184. Imperio Cartaginés



La relación del periplo de Hannon, que se remonta a unos 2400 años, nos ha sido conservado. La colonia más lejana fundada por esta expedición fué la de Cerne. Durante mucho tiempo se había creído identificar este punto con una pequeña isla en la bahía de Arguin, pero el Dr. C. Müller (*Prolegomena*) llamó la atención sobre un islote situado en la desembocadura del Río de Oro y que antiguos mapas franceses llaman Herne; su posición, por otra parte, concuerda muy bien con el texto de Hannon.

tenía necesidad. Verdad es que su historia nos ha sido referida por enemigos y que entra en ella seguramente una parte calumniosa; pero las mismas condiciones de su medio, las de un monopolio y de

una dominación absoluta requerían que el carácter cartaginés se desarrollase en el sentido de una aspereza cruel. Lo que les hizo sobre todo odiables a los ojos de las poblaciones circundantes, fué que los colonos fenicios habían conservado de su culto hereditario la práctica de los sacrificios humanos en todas las graves coyunturas en que se trataba de la salvación pública. Sobre este punto los testimonios de la Antigüedad están de acuerdo: el padre escogía su hijo para derramar una sangre agradable a las terribles divinidades. Resultado de ello fué que llevada la guerra al Africa, cuando los Romanos conocieron su acceso, se redujo en seguida el imperio de Cartago al recinto de la ciudad, de tal modo era detestado su yugo¹.

Los pueblos sometidos a Cartago habían de temer tanto más la dureza de su poder, cuanto que la misma comunidad púnica era gobernada por una aristocracia a la que los intereses de clase hacían irresponsable: era la casta del alto negocio, autorizada de antemano para todo género de atentados por su espíritu de corporación. La leyenda que nos habla de una reina Elisa o Dido estableciendo los primeros colonos fenicios sobre la colina de Byrsa, se funda quizá sobre una parte de verdad, en el sentido de que el régimen político de Cartago, imitado del de la metrópoli, a la cual pagaba todavía el diezmo, tuvo primeramente un carácter monárquico; pero en la época en que la historia comienza a ser casi distinta para el nuevo Estado, se le ve constituido en una república de ricos, muy análoga por su régimen y su funcionamiento a aquella república de Venecia, que mil quinientos años después había de desarrollarse en condiciones comerciales muy semejantes a las de Cartago. Esta constitución representa un acontecimiento de la más alta importancia en la historia política del mundo, el nacimiento de una república consciente, formada por un grupo de ciudadanos bien convencidos de su valor personal, bastante independientes por naturaleza y habituados además al respeto ajeno, para negarse, por una parte, a la dominación de un amo, y por otra, para acomodarse a la discusión de los intereses comunes en asambleas de iguales. Evidentemente esta revolución no pudo cumplirse sobre la tierra africana sino por efecto de la evolución ya

¹ Michelet, *Histoire romaine*, p. 182.



Cl. J. Picard y C.ª, Túnez.

CARTAGO—NECRÓPOLIS PÚNICA CON POZOS Y MOBILIARIO FÚNEBRE—IV SIGLO ANTES DE J. C.

efectuado en la mente de los inmigrantes tirios. El hijo no maduraba en sí más que los gérmenes transmitidos por sus abuelos. Así es como, por un fenómeno análogo, las monarquías de Europa dieron nacimiento a las repúblicas del Nuevo Mundo.

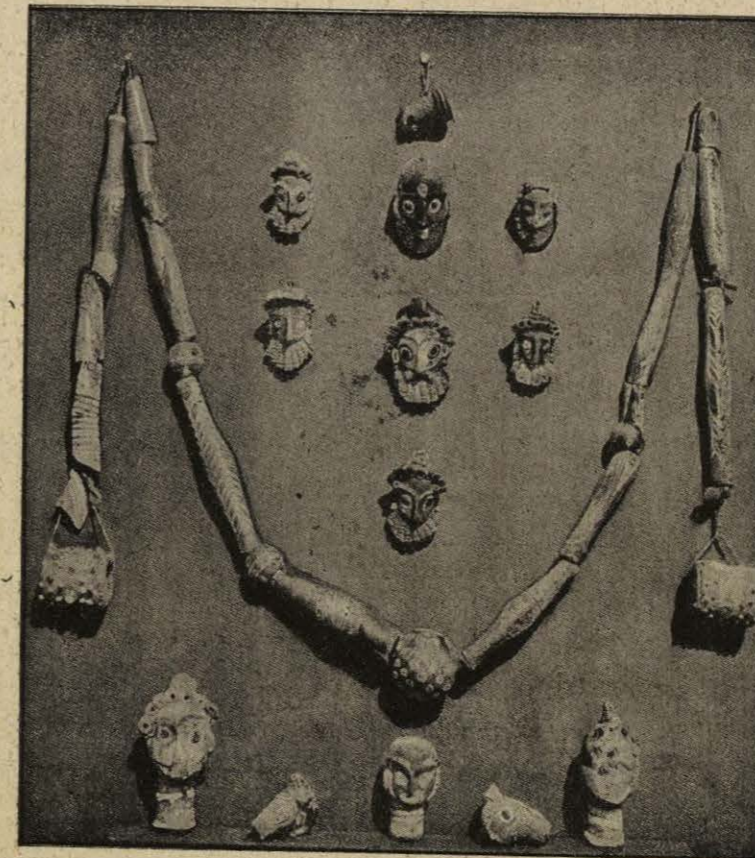
Un Senado, cuyos miembros tenían asiento en él por derecho de herencia, dirigía los negocios de la República y confiaba la ejecución de sus voluntades a dos sufetas, especie de cónsules que designaba por una temporada más o menos larga y que quedaban siempre responsables ante él. Nombraba también los sacerdotes y los generales, escogiéndolos en el estrecho círculo de las familias patricias. El poder, en sus diversos órganos, no pertenecía sino a un corto número de individuos; no obstante, el crecimiento enorme de la ciudad y de su dominio de conquista obligó al Senado a adjuntarse un «Consejo de los Ciento» (o ciento cuatro) que dió al gobierno más amplio fundamento en la burguesía comerciante. Ante todo, esas gentes de negocio, astutas, que trataban la política desde el punto de vista de los intereses de dinero y que decretaban las expediciones de guerra en vista del pillaje o del aumento de rentas, no delegaban impruden-

temente sus poderes, y hacían acompañar por uno de los suyos, o por varios representantes, a los generales que partían para una expedición lejana, y les sometían a una vigilancia de todos los instantes, interviniendo todos sus actos para mostrar a las tropas que los jefes de guerra no eran los verdaderos amos, y que toda sanción venía de ese misterioso Senado anónimo, que allá, en la divina Cartago, disponía del dinero, de las tropas de refuerzo y de las municiones de guerra.

Aunque los generales fuesen casi siempre escogidos en las mismas familias y que varios entre ellos alcanzasen la más alta popularidad, no hay ejemplo de grandes capitanes cartagineses que embriagándose en su propia gloria, rompiesen el lazo moral que les unía a la madre patria. En cambio se citan numerosos casos de intervención violenta de la República para deponer los generales que habían incurrido en desagrado, castigarlos con el destierro o someterles a la tortura; hasta se vió un jefe desgraciado, Hamilkron, a quien la peste y otros desastres imprevistos destruyeron su ejército, presentarse con el resto de sus tropas ante el Senado y el pueblo de Cartago y darse solemnemente la muerte en sacrificio al Destino.

Si la posición geográfica de Cartago en el continente de Libia quedaba garantida de ese lado contra todo ataque verdaderamente peligroso de las poblaciones vecinas, su imperio comercial, esparcido sobre las costas y en los mares de Europa, presentaba mucho menos seguridad: pequeñas islas como las Baleares o simples factorías como existían a todo lo largo de las costas de la Mauritania occidental y de España, se conservaban fácilmente bajo la dirección de los mercaderes cartagineses; pero no sucedía lo mismo con las grandes islas como Córcega, Cerdeña y Sicilia, comarcas de individualidad precisa que representaban cada una un territorio comparable al del dominio libio de Cartago. Allí las mismas poblaciones podían rebelarse, caer en masa sobre las factorías púnicas, aliarse en caso de guerra extranjera con un enemigo de los Cartagineses, y en ese caso, hubiera sido necesario para la fortaleza de Cartago que tuviera el mar por aliado, que las aguas y las brisas le fuesen siempre clementes; ¡y cuántas veces, a pesar de la ciencia náutica de sus pilotos, las tempestades dispersaron sus barcos, la calma y los vientos hostiles retrasaron sus

flotas e hicieron llegar demasiado tarde sus tropas de desembarco para dispersar a los sitiadores de una ciudad o para salvar un reino aliado! Cartago no tenía un trono bastante poderoso para conservar con firmeza sus conquistas marítimas: carecía de fuerza para luchar contra lo imprevisto de las olas, y el crecimiento de sus posesiones



AMULETOS PÚNICOS¹

de ultramar disminuía proporcionalmente sus fuerzas en vez de aumentarlas. Ni siquiera pudo impedir que los mercaderes griegos penetraran en Bética desde el siglo VII antes de la era vulgar, ni después en distintos sitios en Mauritania².

La situación geográfica de Cartago tenía otra consecuencia, la de impulsar la República a reclutar su ejército entre los mercenarios.

¹ Grabado tomado del *Pays du Bey*, Juven, editor.

² F. Lefébure, *La Politique religieuse des Grecs en Lybie*, «Bulletin de la Société de Géographie d'Alger».